

funda: la alegría del esclavo puesto en libertad. Aquel dintel que le había parecido tan hospitalario algunas horas antes, le parecía ahora el de un calabozo, y creyó ver en aquel cielo nublado y triste los colores de la primavera.

Patrick esperaba ansioso á la joven. En cuanto ésta le apercibió, corrió hacia él, y aquella entrevista de los dos pobres niños perdidos tuvo la ternura castamente apasionada de dos novios que se ven después de haber estado largo tiempo separados.

—¡Ah! (dijo la joven); ¡cuánto he sufrido ahí dentro! ¡Creo que si estoy más tiempo, me muero, Patrick!

Y le contó sus temores y las terribles amenazas de aquella Sarah Wilson, que tanto maldecía á Tom-Black.

—¡Miserable! (dijo Patrick.) Hay seres nacidos para hacer daño. Donde quiera que hay una desgracia, va unida á su nombre. ¡Tom-Black, siempre Tom-Black!

—Pues bien (dijo Genoveva): á pesar de Tom-Black, quiero volver al Campo de la Puerta Azul, quiero descansar en la cabaña del viejo Bob.... Huir por las calles, no saber dónde reclinar la cabeza, tener que dormir en esos tristes asilos.... ¡Oh, no, no; prefiero la muerte!

Y los ojos, generalmente soñadores, de la *Francesa*, estaban brillantados por la fiebre, y agrandados por el terror.

XVI.

Una madre.

Patrick comprendía que era necesario hallar, antes de que la noche llegase, un techo seguro, al amparo del cual pudiera Genoveva, tranquila y sosegada, reponerse de tan terribles emociones.

Con tal objeto, desde el amanecer se puso á buscar este asilo; pero bien pronto se convenció de que las calles en donde se prometía encontrarle, repletas de irlandeses que vivían en continua lucha, no ofrecían abrigo tan seguro como el de la cabaña del viejo Bob, alrededor de la cual la fugitiva, al menos, contaba con amigos.

—Pues bien (le dijo Patrick): volvamos al Campo de la Puerta Azul, y si Tom-Black, ó cualquiera otro, trata de haceros algún daño, yo os defenderé, pues vuestro amor acrecienta mis fuerzas para esta lucha.

La terrible prueba de aquella noche de locura, de fiebre, en que una espantosa y lúgubre pesadilla había oprimido cruelmente el corazón de la pobre niña, había casi agotado sus fuerzas.

Con el placer que impulsa al emigrado hacia su patria, cuando regresa á ella, Genoveva volvió á

aquel miserable zaquizamí, del cual la víspera había huido trastornada por el miedo.

Ya en esta vivienda mezquina, se sintió animosa y dispuesta á afrontar serenamente los peligros que por todas partes la amenazaban, fortalecida con la protección generosa de Patrick, hacia el cual, de día en día, sentía despertarse en el fondo de su alma una afección que se asemejaba mucho á ese primer amor, aurora hermosa de la apetecida dicha.

¡Él también la amaba! En su franco rostro leía el secreto que la ocultaba aquel humilde trovador de las calles de Londres.

Ya ni su misma madre la asustaba.

—Patrick (se decía) me defenderá de ella. ¡Que venga, pues!

Se la dijo que en la noche precedente varios hombres habían sigilosamente penetrado en la antigua habitación del viejo Bob. Al parecer, la buscaban.

—Que llamen ahora á esta puerta (pensaba Genoveva), y Patrick les recibirá como se merecen.

Á pesar de todo, el primer día que transcurrió después de estos hechos, ningún incidente vino á turbar el naciente sosiego de la joven. El sueño reparó la fatiga y apagó la fiebre que la abrasaba con sus aterradores delirios.

Á la mañana siguiente, cuando Patrick, que había pasado la noche vigilando alrededor de la morada, pálido y abrumado de cansancio, entró á verla, la encontró sonriente y reposada, reflejando en la limpidez de sus hermosos ojos una expresión de celestial ventura que nunca había observado en ella.

—Patrick (le dijo alegremente): ya me siento fuerte, y, además, resuelta á una cosa...

—¿Á cuál?

—Quiero ganar también mi vida... ¡No me digáis que no; estoy resuelta á ello!

—¡Pues bien, sea! (murmuró la alsaciana al oído de Patrick.) Me seguirá á todos los sitios adonde vaya. ¡Pero trabajar! ¡Ah! Eso no. Se lo impediré, sí; la *Grana*, que trabajará por las dos, se lo impedirá.

Aquella misma tarde, Genoveva siguió á Catalina Sichel por todas partes. Se dirigieron á la *City*, hacia San Pablo, por las inmediaciones de la Catedral. La alsaciana conocía perfectamente este rincón de Londres. Los tenderos de por allí la habían cobrado afecto. Los sábados, cuando aquella parte de población hace sus compras para el siguiente día, que, como domingo, impone á todos el descanso, y por consecuencia obliga al comercio á cerrar sus tiendas y almacenes, en manifestación de una piedad tan hipócrita como severa, aquellos comerciantes solían ocuparla para que ayudase á las criadas en la limpieza de los bronce de las puertas y en el barrido de las aceras por delante de los establecimientos, pagándola estos servicios con algunas monedas, por lo que, en total, la buena mujer reunía sobre cosa de un *shilling* por día.

—¡Pobrecilla! ¡Cree que podría resistir una vida como la mía! (se decía Catalina, encogiéndose de hombros.) ¡Sería una locura consentirlo!

Aquel sábado, ya de noche (pues justamente era un sábado), el barrio de San Pablo estaba reboando gente, lleno de ruido y de vendedores ambulantes, que, empujando delante de sí sus carruchos

cargados de hortalizas y frutas, y desgañitándose, pregonaban sus mercancías hormigueando entre los compradores. Sobre aquella multitud heterogénea, esparcían fulgores rojos los mecheros de gas, cuyas llamas, sacudidas por el viento, se extendían en penachos inflamados.

Genoveva miraba con infantil curiosidad todos aquellos extraños hacinamientos de vituallas; las fruterías exponiendo á la vista del comprador sus caprichosos apilamientos de frutas de todas clases, los puestos de hortalizas y de caza, en los que se distinguían, entre los pequeños cuadrúpedos, aves cuyas pintadas alas parecían extenderse aún en un postrer deseo de libertad; las carnicerías, en cuyas puertas, colgados de garfios, se observaban enormes trozos de ensangrentadas carnes, y las pescaderías repletas de toneles de ostras escabechadas, langostas, calamares y otros mariscos tendidos sobre sus lechos de verdura, y de pescados que, suspendidos de clavos al alcance del vendedor, se mecían en racimos formados con ligaduras de cordel, proyectando los resplandores del gas en brillos de plata sobre el obscuro fondo de las calles, la absorbían por completo.

Un olor pronunciado á marisco se desprendía de aquellas hacinadas masas; un sordo murmullo, parecido al del oleaje del mar, se escapaba de aquella multitud.

Hacia la media noche, todo aquel ruido cesaba. Hasta esta hora, aquello era un ir y venir continuo, un movimiento incesante de seres que se agitaban oprimidos por la multitud, cuyos organismos son todos los vicios de la humanidad y todas sus pasiones desencadenadas, elevándose del seno de esta

hecatombe de gentes una infernal gritería, confusa mezcolanza de las voces de los vendedores que pregonaban sus mercancías, y de las carcajadas y blasfemias proferidas por aquella hez inmunda del pueblo inglés.

—Si no estuviera con vos, *Gramma* (murmuró por lo bajo Genoveva, que creía ver todavía ante sus ojos los fatídicos espectros de las noches precedentes), hubiera tenido miedo.

La *Gramma* la miró, y se echó á reír.

—¡Bah! (replicó.) Toda esta canalla es pacífica para quien tiene tan buenos puños como yo.

De pronto se produjo en el ruidoso barrio un tumulto indescriptible, un clamoreo espantoso, que ahogaba el habitual estrépito del mercado en aquella parte de Londres.

Una verdadera horda de granujas desharrapados corría á lo largo de los muros de San Pablo, persiguiendo á una mujer que parecía embriagada, aullando tras de ella cual una trailla de perros hambrientos lanzados sobre una pista.

Esta escena vergonzosa, que en París habría despertado seguramente la indignación y el disgusto público, es en Londres un suceso casi natural. ¡En este pueblo, llega hasta tal punto la degradación de la mujer, que el corazón al fin se acostumbra á semejantes espectáculos!

Entre aquella multitud turbulenta podían observarse una porción de personas que, sin tomar parte activa en tan repugnante cuadro, curiosas, sin embargo, le contemplaban estoicamente.

Genoveva oyó decir á su lado:

—¡Es una francesa!

—¿Una francesa?

Las miradas de aquellas gentes se volvían, no á ella, sino hacia la mujer perseguida y estrechada por las contracciones del populacho. Se referían, pues, á aquella desgraciada.

¡Una francesa! Instintivamente la joven sintió piedad por ella.

Tronchos de berza, cáscaras de fruta, conchas de ostra, y, en una palabra, despojos del mercado, llovían con el lodo recogido de la calzada sobre aquella mendiga infeliz, insultada y escarnecida, no solamente por aquellos pilluelos entecos y crueles, sino también por estúpidos badulaques, que, aun cuando ya entrados en edad, no por eso renuncian al placer de demostrar en estos casos su perversión y embrutecimiento.

De vez en cuando algún canalla hacía rodar por el arroyo á la miserable, empujándola de improviso, siendo esta hazaña furiosamente aplaudida por la muchedumbre.

La mujer entonces se levantaba penosamente, y sin conciencia de los insultos que la dirigían, emprendía de nuevo su marcha vacilante, balbuceando entrecortadas palabras, que se perdían entre sonidos inarticulados.

¡Había perdido hasta la facultad de maldecir á aquella gente soez!

El vicio es siempre repulsivo, cualquiera que sea la forma que revista; mas es preciso convenir que se muestra doblemente asqueroso en la mujer que en el hombre: primero, por ser aquella la encarnación de la virtud, y, segundo, porque atenta contra lo que constituye el encanto y la seducción de la mitad del género humano, la mujer, es decir, la madre y la esposa.

Pero la muchedumbre no pensaba en condolerse con semejantes consideraciones.

Reía en cambio.

—¡Viva el aguardiente, mala bruja!

—¿De dónde vienes, comadre?

—¡Vaya un arenque ahumado!

—¡Á la prevención con la francesa!

—¡Al Támesis! ¡Á la horca!

Y de este modo se desencadenaba la cobarde cólera de aquella gentuza sobre una pobre extranjera.

Ésta no podía ofrecer más desastroso aspecto.

Su vestido estaba hecho girones, la enagua, aunque bordada primorosamente, estaba ya gastada y destruído el fino tejido de la batista. Su cuerpo estaba envuelto en un chal raído, que, á pesar de ofrecer medio borrados sus brillantes colores por la acción del tiempo, se conocía, sin embargo, que debía haber sido de elevado coste.

Sus zapatos escotados permitían ver por debajo de la maltratada falda unas medias de seda, en algunos sitios recosidas, conservando aún uno de ellos sus borlitas de seda en el extremo de los cordones que servían para ajustarle al pie, último vestigio de elegancia en aquella desgraciada, y sarcasmo cruel lanzado á un presente triste, en medio del conjunto trágicamente ruinoso que ofrecía.

El sombrero que cubría su cabeza, despojado casi de sus primitivos adornos, y por completo deformado, caía sobre su frente, dejando asomar algunos mechones de cabellos rubios y grises.

Reinaba una expresión de inquietud profunda en el semblante de aquella mujer, algo así como de

espanto inconsciente; sus ojos dirigían alrededor esquivas miradas, cual si tratase de hallar alguna persona compasiva para ella entre aquella multitud que la insultaba.

La inseguridad en su marcha no debía ser producida por el abuso en la bebida, sino más bien por el extravío que enturbiaba su razón. Parecía no estar embriagada; ¿sería una pobre loca?

Sentía un pavor horroroso al verse perseguida por aquellos condenados, cuyo furor se centuplicaba con el terror de la víctima.

Trataba de huir, mas no podía. Cedía á los empujones de la muchedumbre, que tan pronto la impulsaban hacia adelante como la envolvían en su encrespado oleaje. Otras veces un nuevo asalto de aquellos pilluelos desalmados la hacía rodar por el suelo, hasta que al fin, en uno de ellos, cayó sobre el borde de una de las aceras, hiriéndose en la frente, que comenzó á mancharse de sangre.

Aquella sangre no despertó en esta horda de malvados ningún sentimiento de piedad. Lejos de esto, redoblaron su encarnizamiento, injuriándola y escarneciéndola en un desbordamiento de salvaje crueldad. Alrededor de aquella turba de desharrapados había muchos espectadores que encontraban muy de su gusto tan inicuo como inhumano atropello. ¡Era una diversión deliciosa! ¡Había sangre!

De pronto se notó una oscilación en la muchedumbre. Una joven, después de grandes esfuerzos, consiguió abrirse paso hasta la pobre mujer herida.

Era Genoveva, extraordinariamente pálida, y cuyos labios temblaban de cólera.

—¡Atrás!—gritó la valerosa niña, tratando con su escoba de dispersar á aquellos canallas.

Pero su intervención no hizo más que aumentar la ferocidad de semejante turba, una vez que ésta se rehizo de la sorpresa del primer instante. Á su vez la pobre niña se sintió estrechada y amenazada. El final de esta vergonzosa escena hubiera sido sangriento, sin la intervención de la *Grana*, que, blandiendo sus enormes puños y mostrando sus sólidos brazos, llegó en su auxilio, cubriéndola con su cuerpo y rechazando con salvaje energía la agresión brutal del populacho. La actitud de la alsaciana era la de una verdadera heroína. Hablaba en alsaciano y en voz alta, y descubría entre sus abultados labios sus enormes dientes de loba.

Al mismo tiempo se vieron aparecer por una de las bocacalles inmediatas dos agentes de seguridad, precedidos de un sargento. Al verlos asomar con sus redondos cascos, empezó la canalla á dispersarse, quedando la plazuela en muy poco tiempo despejada.

Genoveva se sentó en la acera, é incorporando la pálida cabeza de la infortunada, la colocó dulcemente sobre su regazo, tratando en seguida de restañar con su pañuelo la sangre que manaba de la herida.

Ésta, por fortuna, no era tan grave como hacía temer la extensa mancha roja. Apenas si había despertado la sensibilidad de aquella mujer, que, entregada ahora á un entorpecimiento extraño, producido sin duda por el miedo, parecía como desvanecida cuando los dos agentes se acercaron á ella y la levantaron, cogiéndola por debajo de los

brazos, dirigiéndose acto seguido hacia la estación de policía más inmediata.

La joven les dejó pasar delante, y les siguió con la cabeza baja é inclinada sobre el pecho.

La multitud se apartaba, mirando ahora asombrada y muda. La *Gramma*, ya serena, y sorprendida por el impulso que había lanzado á la joven á arriesgar su vida en defensa de la desconocida, se colocó delante de Genoveva, procurando detenerla.

La pobre niña la rechazó dulcemente para seguir su camino. La alsaciana se apercibió que el semblante trastornado de la joven estaba inundado por las lágrimas.

—¿Lloras, mi pequeña? (la dijo con vehemencia.) ¡Eso es una locura! ¿Pues qué crees que es esa mujer? Un poco de lodo, ni más ni menos, y todas sus lágrimas no valen un suspiro tuyo. ¿Sabes lo que pienso? Que no hay justicia para el bueno, porque la fatalidad me robó mi pobre angelito, y en cambio deja vivir esos retoños infames que no tienen corazón.

—¡Es mi madre!—la respondió bruscamente Genoveva con voz tan anhelosa, que parecía el estertor de un agonizante.

La alsaciana, aturdida, retrocedió dos pasos, dejando escapar de sus manos la escoba que sostenía, y sin replicar ni hacer por detener á Genoveva, la siguió en su marcha detrás de los agentes.

De vez en cuando, la *Gramma* llevaba á sus ojos la punta del delantal.

Lloraba.

Ya en la prevención, el sargento de policía no se mostró menos sorprendido que la alsaciana cuando Genoveva declaró ser hija de la men-

diga, la cual continuaba sumergida en un entorpecimiento que la mantenía inerte.

—¿Cómo vuestra madre? (dijo, insistiendo, el sargento.) ¿Habéis dicho vuestra madre?....

—¡Sí, señor!

—¡Mirad que conozco muy bien á la mujer que tenemos delante! (continuó el sargento.) Ha llegado á Londres hace unos tres meses.... Expulsada de su habitación de *Soho*, que no pagaba nunca, ha errado un poco por todas partes, llamando nuestra atención. La pobre ha tratado de aturdirse, como se aturde generalmente el que carece de pan.

—¿De pan?—dijo Genoveva estremeciéndose.

—Hace poco tiempo ha sufrido un ataque al cerebro, y anda torpemente á consecuencia del mismo; de aquí el que, creyéndola borracha la gente, se haya promovido más de un escándalo en las calles.

—¿Está loca?—preguntó la niña con espanto.

—Tiene aire de ello...., y si no, vedla.

—¡Su madre!—murmuraba la *Gramma*, moviendo la cabeza, como si no pudiera creerlo.

El sargento consintió desde luego en que Genoveva se llevase á la desgraciada.

—¿Recogerla en vuestra casa? Hacéis muy bien, joven. La infeliz no tiene domicilio, y, á fuerza de cuidados, esa especie de extravío pasajero...., tal vez desaparezca....

Genoveva no se hizo repetir el consejo. La alsaciana había buscado un coche. Se instaló en él á la infeliz medio desvanecida, que, atemorizada y sin conciencia de lo que pasaba á su alrededor, aún no había reconocido á su hija.